



**FILO:UBA**  
Facultad de Filosofía y Letras  
Universidad de Buenos Aires

A

# Algunas notas en torno al entendimiento tradicional de la historia Europea

Autor:

Ángel A. Castellán

Revista:

Anales de Historia Antigua y Medieval

1963/65 - 12, pag. 125 - 138



Artículo



**FILO:UBA**  
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL  
Repositorio Institucional de la Facultad  
de Filosofía y Letras, UBA

# ALGUNAS NOTAS EN TORNO AL ENTENDIMIENTO TRADICIONAL DE LA HISTORIA EUROPEA

por

**Angel A. Castellan**

## I

Prosiguiendo con las búsquedas iniciadas en nuestro trabajo sobre el esquema de periodificación que tradicionalmente se utiliza en Occidente, queremos hoy formular algunas observaciones que apuntan, también en este caso, a lograr una mayor clarificación de los supuestos implícitos en el aparato clasificatorio europeo.

En aquella oportunidad, luego de un análisis que tomaba en cuenta las motivaciones psicológicas y gnoseológicas de las categorías del pensamiento historiográfico occidental, creímos poder afirmar que, apartadas sus presuntas atingencias universalistas, el cuadro se revelaba, con mayor precisión y modestia, como un intento de trasvasar al plano de la historia general entendimientos que, en todo caso, sólo podían servir para ordenar un material histórico explícitamente europeo.

Es más, también anotábamos que, dadas las características de las experiencias históricas e historiográficas del Occidente europeo, todo intento de provocar un reordenamiento de la visión de lo universal debía partir de un minucioso análisis de la *forma mentis* y de las realizaciones de la historiografía de aquella civilización que había vivido, en pensamiento y praxis, experiencias peculiares e inusitadas.

Promotora, en la práctica, de una nueva universalidad, Europa pretendía completarla con la elaboración de un cuadro histórico en el que ella aparecía, junto con sus propias vicisitudes, como dando la pauta de una integración histórico-universal que se cumplía a expensas del mundo exterior.

La presencia de este europeo-centrismo historiográfico, suficientemente subrayado por la crítica contemporánea preocupada por el problema, y aun por nosotros mismos, nos exime de mayores comentarios. Lo que aquí importa señalar una vez más, si cabe, es que toda preocupación en torno al replanteo de la problemática de la historia universal debe pasar, inevitablemente, por Europa, sin la cual ni siquiera estas líneas tendrían sentido.

En aquella incursión anterior nos habíamos interesado por poner, dentro de una perspectiva adecuada, la relación existente entre un esquema nacido de circunstancias locales y otro que, entendiendo ordenar el proceso histórico general, en realidad no hacía más que copiar y reproducir el anterior.

En este caso, nuestra tarea se circunscribe a límites más precisos: se trata de explicitar, para entender mejor en otra oportunidad las limitaciones de conjunto, cuáles son las falencias habituales en el modo que tiene Europa



de verse a sí misma, de ordenar su material histórico y de expresarlo historiográficamente.

El sentido de esta tarea se revelará con mayor intensidad toda vez que se piense que los historiadores de profesión aparecen generalmente despreocupados acerca de la importación metodológica de los contenidos orgánicos con los que proceden.

Descartado, en este caso, el interés por mejorar las técnicas de trabajo, que tiene en su haber un lapso de por lo menos dos siglos, sólo en los últimos años comienza a advertirse una mayor inclinación en torno al reordenamiento del material histórico, aunque, en este terreno, la atención aparece puesta sobre el modo de lograr una mejor intelección de situaciones concretas y circunscriptas en el tiempo y en la problemática.

Con lo dicho parece claro que nuestro objetivo, en la oportunidad, consiste en preguntarnos, en primer término, cuáles son las distintas maneras con que suele verse la historia de Europa, vale decir, qué categorías se utilizan, en un caso u otro, para proceder a un cierto agrupamiento de los vastos y complejos materiales que la integran. Demás está decir, como ya se hizo notar en la incursión anterior, que las razones que se exponen suelen apoyarse en necesidades de orden gnoseológico y pedagógico que nos parecen de dudosa validez, si se tiene en cuenta que tales argumentos resultan de una meditación a posteriori que viene a convalidar lo que en realidad se originó en fuertes presiones de raigambre polémica con las que el recurso didáctico tiene poco que ver.

Esto en lo relativo a la serie epocal, porque en lo que hace a otros criterios de ordenamiento, como se verá, lo que cuenta es, o la oposición de estilos artísticos apoyada en razones formales, o el turno dialéctico de actitudes intelectuales que sólo corresponden a planteos de *élite*. Todo lo dicho sin descuidar los consabidos períodos que surgen de formas políticas o económicas imperantes.

Se ve así que toda clasificación, y no hablamos de posibilidades abstractas sino de lo que realmente acontece en los ensayos habituales, cae bajo el signo de la unilateralidad, salvo en el caso de la serie epocal que tiende a ser omnicomprensiva, aunque deba pagar su audacia con un amorfo acumular de hechos y circunstancias severamente constreñidos por el imperio de la cronología.

## II

De todos los modos de ver a Europa el más obvio y transitado es el que corresponde al agrupamiento cronológico-epocal.

Descartada, por los argumentos ya expuestos en el trabajo anterior, la categoría Antigüedad, quizá la más imprecisa de todas, una Europa entrevista a la luz de la cronología se nos dispone a través de las etapas sucesivas de Evo Medio, Moderno y Contemporáneo, instalándose entre las dos primeras la siempre ubicua y preocupante categoría Renacimiento.

Dejando de lado, en razón de su puerilidad, el distingo entre lo Moderno y lo Contemporáneo, que no se apoya más que en razones de orden práctico que ya se sostienen difícilmente por el número cada vez mayor de contemporáneos que, de acuerdo con los supuestos aceptados para el deslinde correspondiente, se nos hacen cada vez más antiguos, debemos volver a caer en la oposición que verdaderamente cuenta: la de Medioevo y Renacimiento por una parte, y la de Medioevo y Modernidad por la otra.



Para no incurrir en inútiles repeticiones, dejamos aquí de lado los supuestos que sostienen tales categorías del pensamiento historiográfico, y pasamos directamente al problema de las relaciones que entre ellas se establecen, nacidas, como se sabe, de tales supuestos.

Lo dicho, sin embargo, no exime de examinar y poner en evidencia que ya en la comprensión de las tres categorías mencionadas interviene una distinta carga conceptual y afectiva. A poco que se observe se advertirá que, hasta en razón de la extensión que se asigna a los reputados "períodos", el Medioevo parece diluir sus supuestas características durante un vasto número de siglos en los que se acumulan materiales de distinta procedencia, contenido y significación.

Ateniéndonos siempre a lo tradicional, podemos decir que le falta perfil, que es como una masa grisácea con algunas vetas parduzcas respecto de la cual hay que concluir negativamente.

Frente a la vigorosa caracterización del Renacimiento y la Modernidad, el Evo Medio de la historiografía tradicional padece de anemia somática y funcional. Visto desde el ángulo ontológico, resulta una totalidad inexpressiva, un ciclo demasiado largo, incluso para cumplir con la función larval que graciosamente se le otorga, máxime si se tiene en cuenta que a ese embrión sucede inmediatamente una criatura excesivamente robusta. Por oposición, el Renacimiento y la Modernidad consiguiente aparecen con demasiado carácter, perteneciendo su definición al género de los "milagros" como el de aquella Grecia con lo que todo había comenzado.

Esta inflación moderno-renacentista se hubiera aplacado frente a un esbozo de la unidad de la historia europea, pero tal sistema explicativo, por las razones ya expuestas, no podía prosperar y sería aquí vano intento el de reeditar otras Ucronias dado que no podemos dejar de enfrentarnos con el cuadro y los supuestos que la tradición nos entrega. Es decir que las cosas ocurrieron sin tomar en cuenta nuestros deseos y actitudes, y que, para comprenderlas, debemos partir de ellas mismas porque aún no ha llegado el momento de la crítica.

Así las cosas, tenemos ya una primera indicación de lo que acontecería. Antes de todo posible proceso de relación, los términos de la comparación habían sido puestos con procedimientos que, en cierto modo, la condicionaban. Demás está decir que llegados a él aparecía como innecesario, desde el momento que no se le veía en el terreno del desarrollo genético sino en el de la oposición dialéctica. En este caso la función negadora de la antítesis se daba en términos tan rotundos que ni siquiera cabía hablar de la eclosión de las contradicciones implícitas.

Evo Medio y Renacimiento aparecían como situaciones irreconciliables, debiendo resultar del cotejo, casi un lance caballeresco, la muerte inevitable de una de las dos, y, entiéndase bien, sin previa agonía.

A pesar de nuestro propósito de soslayar aquí el problema de lo universal, y atenernos exclusivamente al desarrollo europeo, la misma naturaleza de la cuestión nos obliga a comprender que, en ocasiones, las partes se explican por el todo, y que la inteligencia última de lo que nos preocupa impone, al mismo tiempo, una marcha en diversas direcciones que entre sí coordinan.

Decíamos que era casi inevitable plantearnos el problema de las relaciones de Edad Media y Renacimiento porque él, entre otros, nos ayudaría a clarificar mejor la cuestión. Para no incurrir en el fárrago de opiniones y apreciaciones reiteradas, digamos que la actitud frente al proceso de relaciones puede reducirse a unas pocas variantes. Unos, a los que podemos



llamar los ortodoxos de la oposición más cerrada, con un prestigio hoy en baja, establecían una decisiva fractura entre Edad Media y Renacimiento, porque entendían que ambas entidades históricas se constituían como bloques cerrados, como “mundos separados”, dijimos en otra oportunidad, con características propias enérgicamente opuestas.

Desde ya que esto implicaba ignorar el valor historiográfico de ambas categorías como criterios de conocimiento, toda vez que se partía de la base que ambas denominaciones definían dos realidades históricas contrapuestas.

Otros establecían que el Renacimiento prolongaba y desarrollaba gérmenes medievales con lo que entendían salvar la positividad de la Edad Media. En este planteo se inadvertía que la idea de positividad y de negatividad se corresponden, y que lo que menos interesa en estas cosas, es el compromiso metodológico, es el juicio de valor. Finalmente, y con mayor juicio, otros distinguieron que en la apreciación de ambos fenómenos interesaba menos la cantidad de materiales comunes que el espíritu con que los hombres del Renacimiento se enfrentaban con los mismos.

Como se ve, en todos los casos las posiciones no salían de la aceptación tradicional de ambas categorías, dando por sentado que existió una Edad Media y un Renacimiento, quedando toda la cuestión reducida a saber si estuvieron comunicados o incommunicados, si eran compatibles o incompatibles.

Como todo esto descansaba, y ya se dijo abundantemente, en una concepción lineal de la historia, daban también como hecho inamovible que Edad Media y Renacimiento eran procesos únicos que sólo se dieron en el contexto de la historia europeo-occidental a la que se universalizaba más o menos inconscientemente.

Partiendo de tales premisas, ambos períodos, que no otra cosa son para la historiografía tradicional, se daban como continuos dentro de las siguientes características:

- a) Termina la Edad Media y comienza el Renacimiento que rompe bruscamente con lo anterior y es un mundo distinto.
- b) Comienza el Renacimiento pero no termina la Edad Media, porque ésta prolonga en el primero su existencia. El Renacimiento es así un híbrido.
- c) La Edad Media prolonga sus creaciones en un desarrollo que sale por el Barroco y el Racionalismo, y rodea en cierto modo al Renacimiento que se revela así como un obstáculo o un quiste en la línea de desenvolvimiento. En este caso se trata del Renacimiento visto como un intento de revivir ideales ético-estéticos de la Antigüedad. Así, el esfuerzo sólo correspondía a un sector de la vida europea contemporánea, constituyéndose en un hecho de *élite*.

Si queremos poner el problema en otros términos, debemos tener en cuenta:

- a) Que Edad Media y Renacimiento son categorías historiográficas, vale decir, que su existencia es gnoseológica y no ontológica. En otros términos, que ambas categorías no existen sino a partir de determinadas exigencias de conocimiento, edificadas en principio y trasladadas de generación en generación, mientras se iban cargando de las notas distintivas que en cierto modo se estereotipan en Burckhardt, y se prolongan tanto en sus seguidores como en sus impugnadores.



- b) Que es posible, de acuerdo con el aporte de la morfología histórica y comparativa, considerar que Edad Media y Renacimiento son modelos que pueden utilizarse como criterios de exploración para otros desarrollos culturales. Esto equivale a decir que en el desarrollo de toda civilización pueden discernirse situaciones “medievales” y “renacentistas”.
- c) Que, en este caso, ambos términos pierden su adherencia histórica habitual y se convierten en instrumentos de investigación metodológica, en términos técnicos, cuya significación depende del acuerdo previo en el que se le atribuyen determinadas características.
- d) Que tal acuerdo no es arbitrario sino que nace de la observación de los diversos desarrollos en los que se ve que a una primera etapa arcaica, de “encierro”, sucede otra moderna, de “apertura” del horizonte geográfico, histórico y cultural de la civilización de la que se trate.
- e) Que no hay “Renacimiento” sin esa “apertura”, porque resulta de ella y del cotejo fecundo entre lo propio y lo extraño.

Así planteadas las cosas, pierde sentido el sistema tradicional, y carece de significación la polémica de méritos y deméritos, porque resultan etapas inevitables en el desarrollo de toda civilización, y sin ellas, una civilización no se constituye.

En este caso, y dado que Edad Media y Renacimiento son términos cargados, en Occidente, de fuerte significación polémica, cuya sola mención recuerda las connotaciones tradicionales, corresponde, para el desarrollo europeo-occidental, cambiar la nomenclatura. Podemos añadir, además, que una correcta comprensión de la etapa de salida o apertura, que comúnmente se define como Renacimiento, exige el tratamiento de “larga duración”, que, en el caso de Europa, nunca podrá ser inferior a los cinco siglos que van del XI al XVI.

De acuerdo con lo antedicho se impone una consideración desprejuiciada de la masa de materiales a la que se ordenará de acuerdo con sus propias exigencias, evitando la inserción y el encarrilamiento dentro de formas tradicionales.

En este camino, resultan ingredientes indispensables de toda caracterización, de acuerdo con lo dicho más arriba, las siguientes:

- a) El desarrollo europeo anterior y posterior al siglo XI, que debe verse, no como una línea que avanza en el tiempo sino como un enramado tapiz en el que los colores armonizan y embellecen.
- b) Deben considerarse hechos de “apertura”: 1) Las Cruzadas, del XI al XIII, el contacto con los tártaros, los viajes de los Polo y el descubrimiento de América, dentro de lo geográfico, político y económico. 2) La ampliación y el perfeccionamiento de la recepción del acervo clásico, en lo ético-político, lo filosófico, lo artístico y lo literario.

Del proceso interior y del de apertura resulta un juego de oposiciones y construcciones del que deriva:

- 1) La constitución de la esfera ecuménica, con un propio marco histórico-geográfico de lo universal.
- 2) Un proceso de autocritica que se da en el plano de las ideas, las costumbres, las creencias y los métodos de inquisición estético-científica.



Resulta así un mejor conocimiento de las realidades circundantes puestas en perspectiva histórica, tanto para lo cronológicamente contemporáneo como para los procesos de filiación de los que depende.

Las observaciones antecedentes en las que se recogen algunos aspectos desarrollados en el trabajo anterior, permiten concluir que se impone una reestructuración del material histórico de Europa, dentro de la cual la serie epocal, tal la poseemos, pierde sentido.

De comprenderse esto, cesarían de inmediato las marchas y contramarchas en las que queda tomada la historiografía del problema, aun en aquellos autores que revelan mayor aliento crítico y una voluntad más decidida de extraer consecuencias del avance que la erudición contemporánea permite en este terreno.

Sería aquí del caso observar, incluso porque es uno de los temas que mejor permiten verificar esto, que el progreso y modificación de los criterios historiográficos no depende, ni siempre ni exclusivamente, del crecimiento de los materiales eruditos. Las impotencias ya señaladas nos están indicando que la férrea estructura del sistema ha permitido soslayar lo que el crecimiento de la información estaba exigiendo clamorosamente.

Si los nuevos y más amplios datos no permiten excluir la visión tradicional, es porque la solución es de índole cualitativa, es decir, impone un cambiar los instrumentos de exploración porque con las herramientas antiguas, como se vio, el debate no tendrá nunca fin, complicado cada vez más en exquisiteces y distingos que nos dejan, a la postre, en el punto de partida.

Quizá en ninguna otra cuestión como en ésta se nos exige una actitud cartesiana, una nueva *instauratio ab imis* que, prescindiendo de los hábitos mentales ya envejecidos, nos entregue una nueva imagen historiográfica del acontecer europeo.

Si ésta se alcanzase, la idea de una Europa a la que se ve como cortada en dos por el fenómeno renacentista perdería sentido, y afloraría, en cambio, la necesidad de afirmar, con toda energía, un cuadro unitario dentro del cual los distintos momentos del desarrollo perderían su carácter taumatúrgico para ser comprendidos en su estricto valor de momentos constitutivos de una Europa que, en múltiples apreciaciones contemporáneas, se nos revela como ópticamente indefinible.

Queda así dicho que la serie cronológico-epocal no conforma, ni en su pretensión de ordenar la supuesta historia universal ni en la más modesta de servir de encuadre a la historia europea.

### III

Pero hay todavía, como dejábamos entrever más arriba, otras Europas que, fuera de lo cronológico-epocal, se nos disponen con criterios distintos aunque igualmente relativos. En primer término, porque sigue en importancia a lo anterior en los enfoques corrientes, tenemos la disposición del material artístico-cultural que se ordena en denominaciones tales como las de Románico-Gótico-Escolástica-Renacimiento-Protector-Barroco-Racionalismo-Rococó-Iluminismo-Romanticismo-Positivismo-Historicismo-Existencialismo, y otras más que aquí omitimos por el simple carácter ejemplificador que damos a los términos mencionados.

Si nos atenemos a la serie que antecede, podemos observar inmediatamente un marcado desequilibrio entre los períodos que corresponden a la



estratificación artístico-cultural que entrarían dentro del Medio Evo respecto de los que corresponderían a los tiempos modernos.

Los siglos medievales, siempre dentro del carácter amorfo que se les atribuye, aparecen con una representación habitualmente magra, especialmente en el ámbito de lo intelectual en el que la Escolástica parece resumirlo todo<sup>1</sup>.

En cuanto a las otras, que corresponden al conjunto de la Modernidad, vemos que en ellas se entremezclan denominaciones que, en un caso, hacen a lo intelectual y en otros a lo artístico, aunque como se sabe, términos como los de Renacimiento, Barroco, Iluminismo y Romanticismo, entienden expresar un complejo de creaciones a las que se supone de signo común.

Pero hay que ir más allá. En realidad se dice Europa o Epoca del Renacimiento, del Barroco, de las Luces o del Romanticismo y cabe preguntarse qué definen estas denominaciones a las que se supone omnicomprendivas.

Como se trata, siempre dentro del supuesto tradicional, de un conjunto de creaciones espacial y cronológicamente delimitadas, debemos suponer que se entiende afirmar, para los casos respectivos, que se trata de conjuntos unitarios y orgánicos de signo común ubicados en Europa de mediados del XIV a mediados del XVI, de éste a buena parte del XVII, de fines del XVII a buena parte del XVIII y de fines del XVIII al primer tercio del XIX.

Afirmado esto ya surge, en primera instancia, que el entendimiento crono-espacial choca con una evidente falta de uniformidad porque los fenómenos respectivos, aun cuando se aceptara su uniformidad y homogeneidad, no se dan al mismo tiempo ni con iguales características en todos los lugares.

<sup>1</sup> Todo esto sin dejar de lado el carácter equívoco que reviste el término Escolástica con el que se suele definir una actitud intelectual unitaria que guarda poca relación con la realidad. En principio porque no define, aunque lo pretenda, ninguna corriente filosófica específica, dado que dentro del método o filosofía de las Escuelas coexisten posiciones distintas que en algunos casos resultan antitéticas.

Aun privando a la denominación del carácter polémico que reviste en el momento, lo enfrentan otros métodos de exposición filosófica u otras actitudes inquisitivas de corte experimental e inductivo, Escolástica o escolástico no pueden definir más que una técnica de elaboración del conocimiento (y en este sentido aún hoy podemos hablar de escolástica), pero nunca una determinada dirección del mismo. Y esto, como se verá, puede aplicarse a otras denominaciones globales y omnicomprendivas que se utilizan, no sólo en los manuales, "peccata minuta", sino también en la enseñanza universitaria.

En este sentido, las historias especiales aplicadas a trazar el desarrollo de precisas y determinadas creaciones humanas, suelen participar del mismo pecado: son historias que se alejan de la historia, quedando reducidas a dos posibilidades principales. En un caso se dice, ya que estamos provisoriamente en este terreno, filosofía escolástica, o del Renacimiento, o del Racionalismo, o del Iluminismo, o del Romanticismo, etc., como si todas las manifestaciones parciales o individuales pudieran definirse por el signo común que convencionalmente se le adjudica. En el otro, cuando la exposición se atiene a trazar la línea de los aportes individuales, todo se mueve en un enhebrar de figuras y sistemas personales que dejan el contexto histórico completamente de lado.

Se procede como si se pensara que un pensamiento, un modo de expresión estética, una concepción económica, o una técnica aplicada a concretar actitudes políticas o científicas, nacen en estado químicamente puro, sin contexto. Es decir, como si entre ellos y las circunstancias propiamente históricas no mediara la menor relación.

Esto ha dado motivo al nacimiento de un sucedáneo más o menos reciente, el de la historia social del Arte, de la Literatura, y pronto, de la Filosofía y de la Ciencia, como antes se puso de moda la historia de la Cultura, que tienden a disimular el ayuno histórico en el que se mueven las mal llamadas historias especiales.

El desglose de una única historia: la del hombre y sus circunstancias, en múltiples historias especiales está denunciando cuanto se pierde cada vez que se abandona la visión unitaria de las creaciones humanas.



Cabría aquí recordar, muy de pasada, que a partir del siglo XIII, por lo menos, Europa es la Europa de las Naciones y que, cuando se habla de ella como de un valor unitario se sobreentienden demasiadas cosas.

Para la Europa del Renacimiento tenemos dos siglos, respecto de los cuales, en función de un análisis de tipo radiográfico, podemos adoptar dos criterios principales: atenernos a las manifestaciones minoritarias de *élite*, que es lo que generalmente se hace, o abarcar la totalidad del momento crono-espacial para observar cuáles son las manifestaciones que ofrecen mayor densidad, sea cual fuere el ángulo de su procedencia. Vemos enseñada que el primer enfoque, el más grato a la historiografía y la crítica tradicionales, resiste dificultosamente la prueba de uniformidad. En efecto, ¿mediante qué signo común definiremos a la *élite*? ¿Por el de Petrarca, Ficino y Michelangelo, o por el de Marsilio de Padua, Erasmo y Lutero? ¿Por Loyola o por Calvino? ¿Nos atenemos al neoplatonismo de la Academia florentina o al averroísmo patavino, o mejor vamos detrás de la línea Leonardo, Copérnico, Kepler y Galileo, dejando de lado que aquí se nos complica la cronología?

¿Lo define mejor la monumentalidad de la Sixtina, el pesimismo trágico de los bronce de Riccio o la misteriosa insinuación de la muerte en Piero di Cosimo? ¿Acaso la tradición boccacesca, las melifluas enseñanzas del Cortesano, el desenfado de Pietro Aretino o el severo ascetismo de Savonarola?

¿Y qué no decir del Norte, donde la sensibilidad huye del boato de los festines lujuriosos para recogerse en el horrible espectáculo de las tumbas abiertas, los monstruos apocalípticos y las brujas semibestiales?

¿Y si fuera un mero fenómeno italiano? Pero ni aun allí, como se ve, hay uniformidad y esto sin salir del plano de la *élite*, de los cenáculos y las academias.

¿Y qué sucede si bajamos de los grandes salones a los subsuelos de palacio, a las chozas de los campesinos, a las macizas y severas casas de los burgueses grandes y pequeños? ¿Hay identidad de ideas, de ideales, creencias, sensibilidad y prácticas sociales? ¿Qué identidad entre la *Theologia Platonica* de Marsilio Ficino y el diálogo sobre las Brujas y los engaños del Demonio de Giovanfrancesco Pico?

¿Define entonces el término Renacimiento un momento de la vida europea? <sup>2</sup>

Como vemos ni siquiera logra uniformar las apetencias de la *élite*; pero, aunque lo lograra, no podría integrar ese vasto subsuelo de la historia donde el pueblo mueve sus ilusiones, sus dolores y sus esperanzas.

Y podemos proseguir, deteniéndonos un momento brevísimo en marcar que Renacimiento, Protesta y Barroco entremezclan de tal modo su cronología y sus exigencias como para hacer muy difícil, de pronto, el decir quién es quién.

Parece que los discípulos de Loyola encarnan el alma del Barroco. ¿La encarna Descartes? ¿Qué relación existe entre la fuerte afectividad que implican sus realizaciones incluso en sus formas propagandísticas y el desnudo racionalismo del Norte? ¿Fenómeno europeo o fenómeno del Sur?

<sup>2</sup> Tarea útil sería la de ponernos definitivamente de acuerdo acerca de la utilización de tal categoría. O pretende definir una etapa de la historia europea o se mantiene dentro de las atingencias culturales para las que fue prevista y creada. Esto eliminaría algunos equívocos y podría luego directamente pasarse a discutir qué grado de validez posee en tal esfera.



Y prosiguiendo: ¿qué relación entre el liberalismo aristocrático de un Voltaire y las masas frenéticas que expugnan la Bastilla? ¿Cuál entre las doradas y livianas marquesas de Watteau y Fragonard y las desarrapadas *sans-culottes* que, pistola al cinto, pasean su marimachismo por las calles de París? ¿Y aún cuál entre Montesquieu y Rousseau, entre Herder y Diderot?

¿Y cómo marcar el distingo entre los movimientos intelectuales sin recurrir a los consabidos Pre- y Post? Sin duda algo vincula entre sí a las figuras señeras de cada agrupamiento, algo, pero no todo y ni siquiera la mayor parte.

Lo mismo podría decirse respecto del Romanticismo; pero, lo que aquí queremos señalar y subrayar con toda energía es que tales calificaciones, si es que agrupan, no consiguen integrar más que a pequeños grupos de pensadores. ¿Y el resto? ¿No es acaso material histórico?

¿No cuentan las comunidades, con sus múltiples facetas sociales, el conjunto de sus anhelos, de sus posibilidades expresivas, de su presencia por debajo de la etiqueta de Corte, el entorchado de los generales o la librería de los doctores?

Es que tales épocas o períodos no lo son cabalmente porque sólo pasan por la superficie de lo que se cree más brillante de la sociedad europea, y pretendiendo definirlo todo, en realidad quedan en una caracterización de lo que ha parecido más importante.

Parece que la historia de Europa se nos complica a pesar de que aparecía tan bien ordenada, tan pulida y limpia con sus doctores, sus artistas y sus científicos al frente. Y lo mismo podría decirse si vamos a las otras series, la política y la económica. Veamos: Feudalismo-Absolutismo-Revolución-Restauración, ¿qué definen?

Un régimen de posesión de la tierra combinado con una técnica de relaciones jurídicas, un cierto modo de entender el aparato burocrático-administrativo del Estado, una puesta en marcha de un nuevo juego de relaciones jurídico-políticas, junto con un nuevo entendimiento de la libertad social e intelectual, la promoción de nuevos hombres o un recalcar sobre viejos esquemas que viene acompañado con un serio intento generacional para abrir un distinto camino institucional.

Los protagonistas siempre los mismos: los grandes bonetés de la superficie histórica, reyes, señores, caudillos, teóricos y prácticos de la política, hombres de Estado. En síntesis, como siempre, un diez por ciento del registro demográfico general.

Se dirá: son los que cuentan, los agentes verdaderos de la historia. Y preguntamos: ¿aún hoy? La contestación será que las cosas han cambiado, que nuestro tiempo presencia una difusión masiva de intereses antes reservados a *élites* más o menos numerosas. Y es cierto; pero, ¿no estaban ahí los otros, aunque sin la actual estridencia y sin capacidad para expresar en la superficie clamorosa de la historia lo que sentían y cultivaban en círculos oscuros cuando no rebeldes? Si hasta la historiografía tradicional no puede dejar a veces de traerlos a colación, pero con intermitencias, como en un juego de hogueras que iluminan un momento y luego se apagan. El equívoco consiste en suponer que la llamarada deja de ser cuando el historiador la abandona. Y sin embargo sigue ahí, expresando un mundo paralelo mucho más denso y complejo que los esquemas claros y lúcidos de una racionalidad que pasea su armoniosa arquitectura por los palacios de la historiografía.



En otros casos se dice: Economía natural, urbana, Precapitalismo, Mercantilismo, Fisiocracia, Capitalismo financiero, Liberalismo económico, Socialismo, pero siempre la misma unilateral atención sobre fenómenos parciales y de corto aliento humano.

Toda actitud historiográfica supone una elección de materiales, antes, ahora y siempre, pero en Europa esa selección marchó siempre dentro de los mismos carriles, los que marcaban ciertos hechos o ideas significativos a los que se supuso la virtud de conjugar y definir vastos conjuntos humanos cuya situación real poco tenía que ver con su supuesta representación.

Sin duda la historiografía de los últimos treinta años ha ido ganando en perspectiva, métodos y criterios se renuevan, al par que una mayor atención aparece puesta sobre los fenómenos de conjunto y sobre los efectos que prolongan su vigencia a lo largo de un tiempo amplio. La misma idea de la "larga duración" viene a subrayar la distancia que hay entre los cambios rápidos y aparentes de la superficie y las corrientes subterráneas, menos explícitas, pero duraderas en las que se mantienen con una tenacidad que no permiten sospechar las modas intelectuales, viejos elementos y estructuras de raigambre secular.

De acuerdo con lo que se vino diciendo hasta aquí se puede concluir: 1) Que las divisiones adoptadas tradicionalmente para caracterizar momentos de la vida europea se atienen a hechos de superficie que asumen la función de definir el conjunto del acontecer. 2) Que las llamadas historias especiales, que comienzan por no ser historias, siguen una sola línea de desarrollo en cuanto se refieren a un solo sector de la actividad creadora del hombre.

#### IV

Con lo que queda dicho, parece que las series tradicionales: la cronológico-epocal, la cultural, la política y la económica, padecen de insuficiencias y hay que pensar en su reemplazo. Esta última afirmación implica conceder, cosa que no hacemos sin fuertes reticencias, que el material histórico necesita ser organizado y dispuesto en conjuntos comprensivos. Lo difícil es saber cuál podría ser el signo común en torno del cual se producirían los agrupamientos.

No ignoramos, y ya lo señalábamos en la anterior ocasión, cuando impugnábamos el esquema clasificatorio, que nada es más difícil que remover categorías secularmente asentadas y pacíficamente aceptadas por una larga tradición. En estos casos siempre se tiene la impresión de estar luchando contra molinos de viento que resisten la acometida sin que se altere su pétrea estructura. En general, quien resulta lesionado es el que se atreve contra tales objetivos pretendiendo alterar la rutina.

Por otra parte, la tarea, lejos de ser fácil, resulta de una complejidad descorazonadora, porque ni siquiera socorre la idea de adoptar el criterio cronológico de la simple disposición por siglos. Si se incurriera en esta tentación, pronto se vería que cien años en ocasiones resultan escasos, y en otros exceden largamente lo que se pretende involucrar, susceptible de ser resuelto dentro de un lapso generacional. Sólo en algunos casos, y no sin las correspondientes reservas, tal agrupamiento podría ser de utilidad. Pero aun suponiendo que su validez, en cuanto compartimento límite, resultara indiscutida, siempre quedaría en pie la objeción formulada para las series tradicionales, es decir, la imposibilidad de encontrar elementos omni-



comprensivos con que edificar la caracterización del siglo. Obviamente podríamos decir, de acuerdo con lo que enseñan los hábitos tradicionales, que la elección volvería a incurrir en las limitaciones señaladas.

Ni siquiera resolveríamos la cuestión diciendo que se impone inspirar la definición en el conjunto de la actividad humana, porque todavía quedaría por resolver entre qué lapsos se elegiría el material y cuál sería el signo común capaz de identificarlo. Precisamente la dificultad consiste en ponerlo en evidencia, dado que la procedencia, la densidad y calidad de los materiales estarían inhibiendo su formulación.

Demás está decir que tampoco sería legítimo provocar la uniformización descartando las creaciones de *élite*, y dando paso a aquellas que provienen de las capas subterráneas del abstracto popular. Si sólo se tratara de cuantificar no vacilaríamos, pero aquí importa destacar que, aunque de menor densidad y capacidad de difusión, los productos de la *élite* son cualitativamente importantes e integran con buen derecho del acontecer dentro de una situación determinada. Hacer otra cosa sería correr el riesgo de que se nos devolviera la acusación por la inversa.

Pero si el hallazgo del signo común, que es en cierto modo el del rubro definidor, parece prácticamente imposible de conseguir, no queda inhibida la posibilidad de mostrar un nuevo camino por medio del cual en el futuro quizá pueda allanarse el inconveniente señalado.

Las nuevas búsquedas tendrían, en principio, la como lidad en un campo ya parcialmente desbrozado por la historiografía y la crítica tradicionales. El aporte de las *élites*, aunque algunas conclusiones no resulten fáciles de suscribir, aparece ya como sólidamente fundado, por lo menos en la medida en que el grueso de la labor historiográfica se aplicó a ponerlo en evidencia.

Se trataría ahora de encaminar las nuevas búsquedas un poco en tarea y actitud de geólogos, hacia aquellas capas que subyacen debajo de la superficie ya suficientemente recorrida. Esto implicaría también variar el común entendimiento de las fuentes, incorporando una cantidad de manifestaciones que, sin ser totalmente desconocidas, han funcionado hasta el presente como hermanas menores dentro del cuadro múltiple de las llamadas disciplinas auxiliares. Y cabe reconocer que en los últimos años esta vía ha comenzado a incorporar variados transeúntes.

El cuadro de la vida cotidiana, las manifestaciones regulares o espurias, de la sensibilidad popular, el folklore, las creencias, las prácticas litúrgicas la música, el arte fuera de los círculos de escuela o academia, todos aquellos elementos que conservan tenazmente viejas y en algunos casos antiquísimas tradiciones que de tanto en tanto consiguen filtrar hasta la superficie y se nos aparecen de pronto en las manifestaciones cultas más o menos disfrazados por un ropaje que no alcanza a disimular su procedencia.

Es ya, al respecto, una tarea suficientemente justificada la de poner en evidencia las verdaderas fuentes de ciertas creaciones que, en razón de la comodidad del canon elegido como definidor, se adscriben a influjos externos más o menos obvios.

Este sería el camino más adecuado para explicitar las raíces internas de fenómenos que como el que pretende encerrarse en la categoría Renacimiento fueron casi siempre vistos a la luz de la explicación exterior y catastrófica.

Se abriría así otra senda, metodológicamente más correcta, a través de la cual se llegaría a una nueva visión de lo que, apreciado tradicionalmente a través de algunas manifestaciones estridentes, pierde complejidad y se



simplifica hasta desembocar en los consabidos esquemas que aquí se impugnan.

Y es que, contra lo habitualmente supuesto, la tarea del historiador no es la de simplificar sino la de complicar, como enseña Lucien Febvre. Entonces, las múltiples y variadas latencias de la vida, que la historia debe recoger, serían realmente respetadas en un cuadro comprensivo que se despoje definitivamente de sus implicaciones pragmáticas.

Al respecto, no sería ocioso recordar aquí que dos de las categorías más sólidamente afincadas dentro de la serie cultural, las de Renacimiento e Iluminismo, nacen de una antihistórica actitud de ruptura con el pasado en función de una elección de valores cuya ejemplarización se considera superior a la de los precedentes.

Esa estereotipización de la realidad se apoya, subconscientemente, en una serie de variadas razones pedagógicas cuyas motivaciones hay que traer a la superficie para que, de su lúcida advertencia, nazca la reacción correspondiente.

Hay que reincidir aquí, aunque más no sea brevemente, en esa conocida oposición, no siempre pacíficamente admitida, entre actitud científica y actitud pedagógica.

La primera, fresca, despreocupada y tenaz en la búsqueda de resultados cuyas consecuencias no comprometen al inquisidor. La segunda, pacata y comprometida, aunque de tenacidad equivalente en lo que hace a la afirmación de sus propósitos.

Para el que se coloca en la primera de tales actitudes, lo único que cuenta es la exhibición de los resultados; para el que prefiere la segunda, los resultados son elegidos y dispuestos en series ejemplarizadoras que han de servir para una mal entendida ilustración moral.

Casi podríamos decir, y asumimos plenamente la responsabilidad de la afirmación, que en toda la historiografía tradicional se advierte una mal encubierta intención pedagógica. Sus diversos representantes quedaron casi siempre atrapados en un esquema polémico en el que el bien y el mal debían confrontar sus armas. Y entiéndase que el fingido enfrentamiento moral se nutría en realidad en actitudes políticas e ideológicas. Bien y mal no eran más que apreciaciones generacionales, pero para sus formuladores revestían las características de un verdadero juicio de los siglos. Si se piensa que esto es exageración, no se recurra a Voltaire o Robertson, basta con atenerse a Vasari y su olímpico desdén por el arte del Norte, anterior y distinto a los cánones que a él le importa subrayar.

Viejo es el convencimiento de que no basta mirar para ver, y en estos casos sólo se ve lo que interesa. Para los historiadores europeos ubicados en la actitud tradicional, la visión fue siempre una adecuación de la realidad con sus propósitos, una elección interesada, no entre diversos esquemas posibles sino entre términos opuestos cuyas mismas notas distintivas excluían la vacilación.

Para los que siguieron, la situación fue mucho más cómoda, porque no tuvieron más que adoptar las categorías que se entregaban, eligiendo entre ellas las que más convenían a su mal celada posición ético-política, utilizada siempre en función propagandística. En este caso tampoco salimos de la conocida historiografía de vendedores, debiendo entenderse que los vendidos nunca habían existido.

Utilizando una terminología que ya nos es habitual podríamos concluir que, en gran medida, la historiografía occidental no fue hasta el presente más que mera ideología. Esto no obsta para que anotemos, de paso, que



sería lamentable que la única posible aireación de criterios dependiera del aflorar de nuevas ideologías que si bien contribuirían a ampliar el campo de búsquedas, quedarían siempre atrapadas en una u otra especie de unilateralismo acrítico.

Nuestro tiempo parece especialmente bien preparado para la nueva tarea, y si el pasado fue definido como "siglo de la historia", por sus notorios aportes eruditos y el producido afinamiento de las técnicas inquisitivas, el nuestro no le cederá en méritos toda vez que está más capacitado para poner en evidencia cuanto hubo de formalismo y de pretendido profesionalismo en el otro.

Con una vieja fórmula podríamos definir la tarea anterior como la de colocar "vino nuevo en odres viejos". Hoy entendemos que lo más urgente es provocar el estallido de las viejas categorías, sin cuya remoción, los resultados nunca alcanzarán para fijar los supuestos de una historiografía de nuevo cuño.

De este modo, las conocidas series culturales, políticas y económicas, dejarán lugar a una distinta concepción que permita el aflorar, en el recinto propio de la historiografía, de aquellas manifestaciones que realmente expresan la mentalidad, los sentimientos y las aspiraciones de vastos conjuntos humanos.

Así, en lugar de la historia de las doctrinas políticas, económicas, filosóficas, etc., que no fue nunca en verdad más que una exposición seriada de sistemas, se verá aparecer la historia de la sensibilidad y las ideas que se expresan en distintos niveles y que escapan al cuadro habitual de las actitudes oficiales.

Y esto es precisamente lo que falta, la capacidad de conjugar esos distintos niveles de creación para ver en qué medida el complejo cuadro de superficie se nutre e informa con corrientes de pensamiento y sensibilidad, con ideas y creencias, que proceden de los diversos estratos de la sociedad europea en cada una de sus etapas de desarrollo.

La historiografía tradicional de Occidente está ya ahita de fórmulas y supuestos oficiales que expresan y perpetúan situaciones y aspiraciones restringidas en las que se concreta la voluntad de ser de una minoría.

Frente a ese cuadro unitario y monolítico, ha llegado el momento de tejer múltiples historias paralelas en las que se ilustre el querer y el sentir de sectores no recibidos por la historiografía oficial. Esto ayudará también a terminar con el mito de los precursores, de las excepciones, de las líneas aberrantes y las desviaciones. Y aún en lo que hace a las creaciones de *élite*, se pondrá fin a la falacia de las historias especiales que edifican sus resultados, en cada uno de sus capítulos, como si ellos no tuvieran nada que ver ni guardaran relación con lo que simultáneamente ocurre en otros campos.

Y como propuesta final, para cada momento del acontecer europeo<sup>3</sup>, una historia del hombre que sea la de todos los hombres, y pueda juntar,

<sup>3</sup> Queda sobreentendido, como se deduce de las apreciaciones antecedentes, que nos referimos a los problemas suscitados dentro del cuadro histórico de la Europa tradicional. Esta misma aclaración ya nos está revelando que aquí no termina la tarea, porque queda en pie una vacancia que la historiografía tradicional no se decide a cubrir. Nos referimos a ese acontecer no integrado que es el del campo de relaciones históricas que, más allá del Elba, hay que reconocer en el Este y Sudeste de la Europa geográfica.

Su desarrollo cronológico y cultural tampoco coincide con el de las series de la historiografía tradicional, dándose por supuesto, como para el resto de la Ecumene, que podía ser comprendido y definido dentro de las categorías forjadas para el ordenamiento del quehacer occidental.



en cuadros coloridos y veraces, todas las ideas y los mitos, todas las ilusiones y desesperanzas, todas las aspiraciones y resultados, para probar después si, ante esta perspectiva, resisten las series tradicionales.

En una palabra, si el mundo de los libros es capaz de reflejar el mundo de la vida, o si, encerrado en sus propios resultados, creyendo omnicomprendivas sus particulares ambiciones, naufraga estrepitosamente sin heroísmo y sin consecuencias.